



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 30.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS
DE FACIL COBRO.
PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.
ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Explicación de la hoja de patrones, que contiene: Trage escocés para niño de 3 á 5 años.—Paletot contrabandista para niña de 4 á 6 años.—Paletot de gró de cautillo negro.—Lazo de raso.—Medio corsé.—Delantal de lienzo gris, para niña.—Paletot Arabela.—Paletot para señora de edad.—Esclavina con capuchon.—Chaqueta con faldones puntiagudos.—Blusa para niño de 3 á 5 años.—Paletot para niña de 7 á 9 años.—Talina con capuchon, para niña de 7 á 8 años.—Corpiño para señora de ed.d.—Cintaron con presilla.—Cintaron con lazo.—Un colegio de señoritas en provincia.—El Rio Cantuar.—Primeras flores.—Los vecinos de Darlingen.—Ansiedad.—Problema de ajedrez.

y botoncitos de madera forrados de tafetan negro. Se cortan en tela y forro dos pedazos por las figuras 12 y 13; la espalda entera por la fig. 14, que representa su mitad.—dos pedazos para cada manga por la fig. 19, teniendo en cuenta la diferencia de

contornos para la mitad de debajo. Las faldetas se cortan de la misma tela que la chaqueta, y de tafetan negro para servir de forro, por las figs. 15 y 16 (por cada una de las cuales se cortan cuatro pedazos);—17 y 18 (por cada una de las cuales se cortan

dos pedazos); se hilvana el forro sobre cada pedazo de tela, luego se reúnen las figs. 12, 13 y 14, cosiéndolas á punto atrás, de modo que uno de los lados del forro quede libre para ser sobre-cosido despues. El escote y los delanteros se orlan con galoncillo de seda negra, luego sobre los contornos de la chaqueta se cose por el revés una tira de tafetan negro de 5 centímetros de ancho;—la chaqueta se cierra con corchetes. Cada dedillo de la faldeta se adorna con trencilla, como se vé en el dibujo y en el patron; luego se fija cada dedillo sobre otro mayor, y de modo que los signos iguales se encuentren. Las costuras de estos dedillos con la chaqueta se esconden debajo del forro. Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 35 hasta 36, — desde 37 hasta 38. Se adornan las manga con trencilla y botones. Se cose la manga en la sisa, 38 sobre 38.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Trage escocés para niño de 3 á 5 años.
Figs. 12 á 21 (recto) del patron.

Este vestido se compone de una enagua, de una chaqueta y de un cuello de lienzo. La enagua se hace de cualquier tela de verano ó de invierno, de lienzo de Vichy, de piqué, de popelina de verano, de popelina de seda, de tegido de lana, de terciopelo inglés ó terciopelo de seda. La chaqueta (para el verano) se hace de alpaca negra ó azul, y de paño negro (para el invierno).

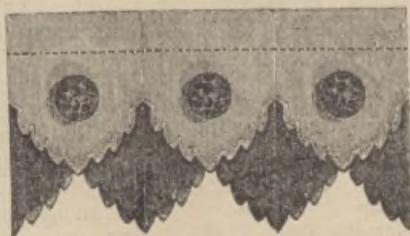
La enagua se corta al sesgo; su ancho es de 3 metros y 50 cents., su largo de 35 á 45 centímetros, segun la talla del niño; en el borde inferior se hace un dobladillo de 5 centímetros, respunteado por el derecho con seda negra. Por detrás esta enagua no se cose; se la cierra con corchetes de arriba abajo; estos corchetes se ponen de modo que uno de los paños de la enagua cruce sobre el otro en un espacio de 9 cents. La enagua se pliega por arriba; los pliegues, de 5 cents., hechos á intervalos de 2 cents. uno de otro, caen todos hácia un mismo lado. El do de encima de cada pliegue se respuntea con seda negra en un espacio á lo largo de 5 cents.; se repasan además por el revés de la enagua para que se mantengan en misma direccion. Lo alto de la enagua se ribetea con una trenza de lana de 2 cents. de ancho; por el revés de te borde se pone una tira de percalina de 5 cents. de ancho.

La chaqueta, acuchillada, se adorna con trencilla negra



TRAGE ESCOCÉS PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.

PALETOT CONTRABANDISTA PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.



GUARNICION DEL PALETOT CONTRABANDISTA.

CUUELLO.—Se le corta doble en lienzo fino ó percal, por la fig. 20, que representa su mitad; se arma el cuello juntando las líneas iguales sobre la tirilla cortada por la fig. 21; se cierra con un boton y un ojal.

Paletot contrabandista, para niña de 4 á 6 años

Figs. 7 y 11 del patron.

La niña que acompaña al niño que lleva el vestido escocés, va vestida con un trage de cretona gris, orlado de cachemira negra; el zagalejo es de cachemira encarnada;

Acompaña á este número el patron n.º 9 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.



PALETOT DE GRÓ DE CANUTILLO NEGRO (POR DELANTE.)



LAZO DE RASO.



PALETOT DE GRÓ DE CANUTILLO NEGRO (POR DETRAS.)

el paletot *contrabandista* es de franela blanca con los contornos á punta; sobre cada punta se encuentra una cuentecita tallada de azabache; debajo de los puntas se fija una tira (tambien á puntas) de paño encarnado respunteado con seda negra.

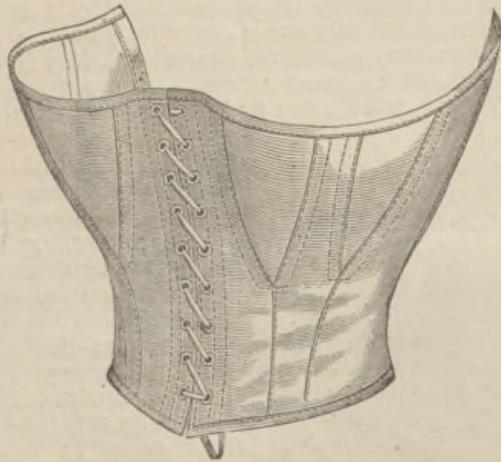
Publicamos además un dibujo especial que reproduce en tamaño natural el contorno del paletot.

Para hacerlo, se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 7 y 10; la espalda y el cuello enteros por las figs. 8 y 9, que representan su mitad,—dos pedazos para cada manga por la fig. 11, teniendo en

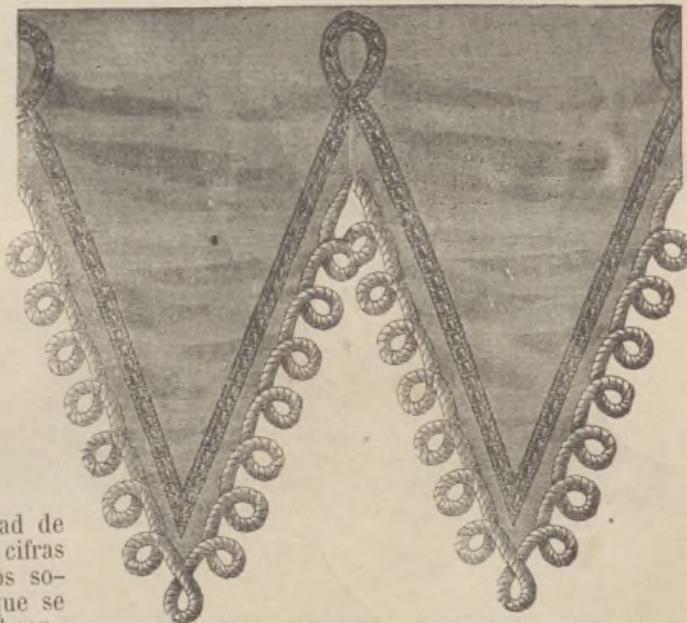
ta con arreglo á las indicaciones de la fig. 7 y del dibujo especial, luego se le orla por el revés con una tira de la misma tela del paletot, que tenga 4 centímetros de ancho; se la respuntea por el derecho cogiendo al mismo tiempo la tira de paño encarnado; se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto; se hace, entre la doble línea, una abertura destinada á las faltriqueras; allí se la fija, rodeándola con dos filas de pespuntos, despues de haber puesto sobre la parte inferior de la abertura la carterilla que debe fijarse sobre la línea de puntos, juntando los signos iguales. El cuello se guarnece como el paletot, luego se fija en el escote juntando las cifras iguales. Una cinta cubre las costuras todas por el revés. Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 21 hasta 22, desde 23 hasta 24; se cose la manga en la sisa 24 sobre 24.

Este paletot puede hacerse de cualquier tela.

piando la disposicion del dibujo que reproduce la guarnicion en tamaño natural. Las mangas, guarnecidas como el paletot, se cosen, se fijan en la sisa juntando las cifras iguales, luego se colocan las bridas de la espalda, forradas de tafetan, teniendo cada una 60 centímetros de largo y 5 de ancho por su borde inferior, 3 de ancho por su borde superior. Se fijan estas bridas debajo de un adorno plano y redondo, hecho de cordon negro dispuesto en espiral



MEDIO CORSÉ.



GUARNICION DEL PALETOT DE GRÓ, (TAMAÑO NATURAL.)

cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se reunen las figs. 7 y 8 juntando las cifras iguales, dejando exceder en un centímetro los sobrantes de las costuras de los delanteros, que se respuntean por el derecho con seda negra. El contorno del paletot (excepto el del escote) se recor-



DELANTAL DE LIENZO GRIS, PARA NIÑA DE 2 A 4 AÑOS.

y rodeado de cordon punzó formando buclecillos. Este paletot puede hacerse de cualquier tela igual al traje, de fulard blanco, etc.



PALETOT ARABELA (POR DELANTE.)

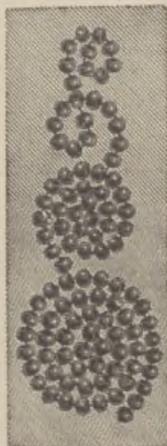
Paletot de gró de canutillo negro.

Figs. 3 á 6 del patron.

Este paletot se guarnece con galones negros de cuentas y cordon punzó, dispuesto en buclecillos sobre todos los contornos; la misma guarnicion llevan las bandas que caen por la espalda del paletot.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 3,—las dos mitades de la espalda por la fig. 4,—dos pedazos para el cuello por la fig. 5,—2 pedazos para cada manga por la fig. 6. El borde de los delanteros se guar-

neces con un vivo, y se pone por debajo una tira de tafetan de 5 centímetros de ancho. Se hacen los ojales, se ponen los botones, se reunen las dos mitades de la espalda á punto atrás, luego se juntan todos los pedazos confrontando las letras iguales. El cuellecito se forra de tafetan y se orla con galon de cuentas, cubriendo tambien su reunion con el escote. —Debajo del borde inferior del paletot se pone una tira de tafetan de 5 centímetros de ancho, luego se guarnecen las puntas co-



BORDADO DEL PALETOT ARABELA.



PALETOT ARABELA (POR DETRAS.)



PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DELANTE).

Lazo de raso.

Fig. 49 (verso) del patron.

El lazo cuyo patron publicamos está hecho de raso; para ejecutarlo, se corta en raso puesto al sesgo y tambien en gasa rígida, una de las hojas por la figura 49, que representa su mitad; se corta una segunda hoja igual. Se pone la gasa debajo del raso, se dobla todo por su mitad, se cose cada hoja desde 41 hasta 42, desde 43 hasta 44, de modo que las costuras caigan por dentro. Se pliega cada tira siguiendo las indicaciones del patron, se las reune consultando la disposicion del dibujo. La traviesa del lazo es una tira de raso cortada al sesgo, y plegada á pliegues pequeños.

Medio corsé.

Figs. 27 á 29 (recto) del patron.

Este medio corsé está destinado á reemplazar un corsé entero para las personas enfermas, ó tambien para usarse debajo de un peñador de la mañana; se le cose en la costura misma del traje, es decir, debajo de cada brazo; se le cierra por delante.

Se cortan en cutí ó en percalina dos pedazos por cada una de las figura 27, 28 y 29. Se cosen primeramente las nesgas de la fig. 27, doblando la tela por la línea de puntos, y haciendo una costura respunteada sobre la línea continua. Para esta costura, se pica al través de la tela tri-

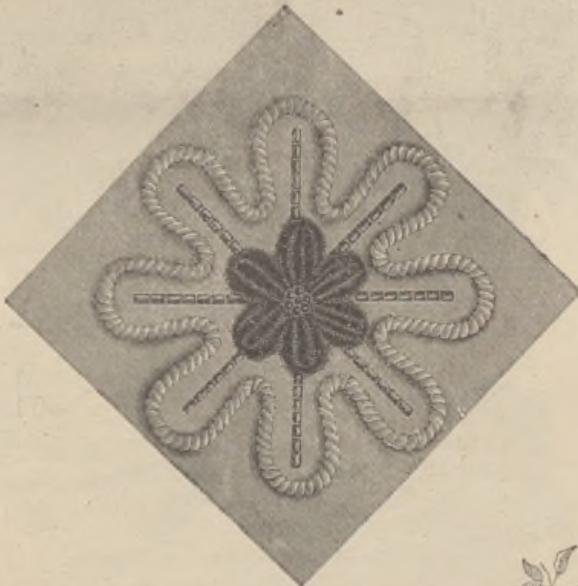


CHAQUETA CON FALDONES PUNTIAGUDOS (POR DELANTE).



PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DETRAS).

ESCLAVINA CON CAPUCHON.



ROSACEA DEL PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD.

ple. Las piezas de refuerzo que se colocan debajo del brazo (figs. 28 y 29) se ponen en los sitios que les corresponden, juntando las cifras iguales. En la punta inferior de la referida pieza se hace una costura festoneada, luego, por dentro, una costura en cruz. Debajo de cada delantero se respuntea una cinta de hilo de 2 centímetros de ancho, —por los lados otra cinta de 1 centímetro de ancho; se ponen las ballenas y se hacen los ojetes (véase la fi-



CHAQUETA CON FALDONES PUNTIAGUDOS (POR DETRAS).

gur 27), luego se ribetea todo con una cinta de hilo de medio centímetro de ancho.

Delantal de lienzo gris, para niña de 2 á 4 años.

Figuras 24 á 26 (recto) del patron.

Este delantal va festoneado con lana encarnada; lleva dos tirantes, cada uno de 36 centímetros de largo, adheridos al peto, y por los lados al delantal. Se cortan este y el peto enteros por las figs. 24 y 25, que representan la mitad; se cortan las dos faltriqueras por la fig. 26. Todos los contornos se festonean (véase el patron, fig. 24), luego se respuntean las faltriqueras sobre el delantal juntando las cifras iguales. Los tirantes son de la misma tela que el delantal; se cruzan por la espalda y llevan un ojal en cada extremo; los botones correspondientes se fijan sobre el delantal y el peto.

Paletot Arabela.

La fig. 44 (verso) representa el dibujo del bordado.

Este paletot, hecho de tafetan negro, se adorna con una rica guarnicion compuesta de cordon plano y seda negra, de cuentas y fleco de cuen-

tas, mezclado con borlas. El cordon va puesto en 5 filas por todo el contorno del paletot; cada fila va seguida de otra de cuentas. Los grandes arabescos están separados por otros pequeños enteramente hechos de cuentas; un dibujo especial reproduce la parte superior de uno de los arabescos pequeños.

Paletot para señora de edad.

Figs. 45 y 46 (verso) del patron.

El patron de este paletot, hecho de paño de seda negro, no es otra cosa que el llamado *paletot recto*, publicado ya muchas veces desde hace algunos meses; los adornos son los únicos que merecen una mención especial. El bordado está hecho de cordon de seda color castaño, felpilla fina negra y cuentas negras talladas. La orla va representada por la fig. 45; la fig. 46 es uno de los arabescos que adornan el delantero, el hombro y la espalda, y se repiten sobre la manga. Un dibujo especial reproduce en tamaño natural una de las rosáceas del paletot; se la ejecuta con cordon, felpilla y cuentas; se borda el centro al pasado con felpilla. El borde inferior se le guarnece con un galon, bordado con cuentas y cordon color castaño; de este galon pende un fleco *crepé* castaño y negro. — La costura del cuello recto se cubre con un cordon torcido de los dos, ya dichos colores, terminado por cabos de 20 centímetros de largo cada uno, llevando en sus extremos una borla.



PALETOT PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

Esclavina con capuchon.

Figuras 1 y 2 (recto) del patron.

La esclavina y el capuchon se hacen de cachemira azul; la guarnicion se compone de un rizado de cachemira y de trencilla blanca de seda. El capuchon se adorna además con lazos de cinta blanca de 3 centímetros de ancho. Se cortan en tela y forro dos pedazos por la figura 1, el capuchon entero al sesgo por la fig. 2, que representa su mitad. Se reúnen primero los dos pedazos de cachemira (fig. 1), luego su forro y en fin, se hilvanan juntos la tela y el forro de las figuras 1 y 2. Se redoblan uno contra otro por los contornos, y se hacen las nesgas del hombro marcadas en la esclavina. Se forman pliegues en ambos lados del capuchon, poniendo cada cruz sobre un punto. La esclavina y el capu-



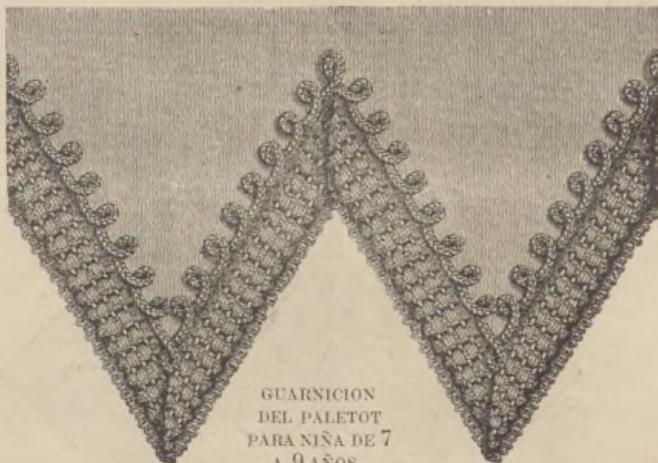
CORPIÑO MONTANTE PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DELANTE).



BLUSA PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.



TALMA CON CAPUCHON PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS.



GUARNICION DEL PALETOT PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

chon se reúnen juntando las cifras iguales; se pone la guarnicion y se cubren todas las costuras por el revés con cintas estrechas.

Chaqueta con faldones puntiagudos.

Figs. 22 y 23 (recto) del patron.

Se hace de cualquier tela; para el verano aconsejamos el fulard negro ó de color. La guarnicion se compone de seis filas de puntos-cadenetas, ejecutados con torzal de seda blanco, — encarnado, — azul, amarillo, — violeta, — verde; el contorno es á puntas, y va forrado con una tira de cachemira encarnada, igualmente á puntas, de 4 cents. de ancho, respunteada á un cent. por encima del borde de la chaqueta. Los dos delanteros se cortan por la fig. 22, — la espalda por la figura 23, que representa su mitad; se reúne la espalda con los delanteros á punto atrás jun-



CORPIÑO MONTANTE PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DETRAS).

tando los signos iguales. Si la chaqueta es de fulard, se la forrará con muselina del mismo color.

Blusa para niño de 3 á 5 años.

Figs. 36 á 39 (verso) del patron.

La blusa se hace de popelina de verano á listas color castaño y blancas; la guarnicion se compone de tiras de la misma tela, cortadas al sesgo, y de botones de madera.

Se cortan dos pedazos por la fig. 36, la espalda y el cuello por las figs. 37 y 38 que representan su mitad; se deja de mas, en el borde inferior de la espalda y los delanteros, la tela necesaria para un dobladillo de 4 centímetros. Se cortan dos pedazos para cada manga por la fig. 39. Despues de hechos los ojales y puestos los botones, se reúnen la espalda y delanteros, se hace el dobladillo en el borde inferior, luego se ponen las tiras cortadas al sesgo (que pueden suprimirse sin inconveniente). Estas tiras tienen 2 centímetros y medio de ancho cada una, y se orlan por ámbos lados con un vivo de tafetan color castaño. El cuello se orla tambien con un vivo, luego se fija en el escote juntando las cifras iguales.

La manga se guarnece con tiras y botones. El cinturon se compone de una tira cortada al sesgo, de 5 cents. de ancho y forrada de muselina rígida y de percalina; se orla con un vivo, y se cierra con corchetes que se cubren con una rosácea hecha de la misma tela.



PALETOT PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

Paletot para niña de 7 á 9 años.

Figs. 30 á 35 (verso) del patron.

Este paletot se hace de moleton-cachemira gris; la guarnicion se compone de galon negro y blanco, de un centímetro de ancho, de trencilla blanca de lana ó seda, de botones de madera forrados de tafetan negro.

Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 30, 32, 33 y 35, — la espalda y el capuchon enteros por las figs. 31 y 34, que representan su mitad. Se reúnen espalda y delanteros juntando las cifras iguales, se redobla todo el contorno (excepto el escote)

hacia el derecho del paletot, y se pone el galon por encima, de modo que fije los contornos. Este galon va sujeto por un feston hecho con seda negra, y el feston va cruzado por puntos transversales, hechos con

seda blanca. Sobre uno de los lados del galon se cose la trencilla, dispuesta en bucecillos, y se ponen á alguna distancia dos filas de galon negro muy estrecho. Los delanteros llevan botones y una doble fila de bucecillos de trencilla. Las carterillas de la faltriquera (fig. 32) se guarnecen del mismo modo, luego se cosen sobre la línea continua de la fig. 30. La parte superior de cada manga tiene una guarnición idéntica á la de las carterillas. Para el capuchon se reunen primero las dos mitades de la parte vuelta (fig. 35) cosiéndolas desde 17 hasta 18, desde 18 hasta 19; allí se pone la guarnición, se pliega el borde superior poniendo cada cruz sobre el punto inmediato, y en fin, se cose la vuelta sobre el fondo del capuchon por el revés desde 19 hasta 20. Se pone un boton sobre cada pliegue, y tres borlas en la punta del capuchon (véase el dibujo). Este se guarnece con un vivo, y se fija en el escote juntando las cifras iguales.

Talma con capuchon,
para niña de 7 á 8 años.

Figuras 27 y 29 (verso) del patron.

Se hace de piqué blanco (puede hacerse de cualquiera otra tela) se adorna con galon blanco de algodón, con un bordado festoneado y puntos rusos, todo ello ejecutado con lana inglesa azul. El capuchon se adorna con botoncitos blancos (de lienzo), y tres borlas azules y blancas.

Se corta el talma y el capuchon enteros por las figs. 27 y 28, que representan su mitad, y dos pedazos (las dos mitades de la vuelta del capuchon) por la fig. 29. Se cosen juntas las dos mitades de la vuelta desde 1 hasta 2, desde 2 hasta 3, y se ejecuta la guarnición en parte indicada, y mas detallado aun por el dibujo especial que le está consagrado. Se reunen las figs. 28 y 29 juntando las cifras iguales, de modo que el talma y su capuchon presenten el exterior *el derecho* de la tela. Se hacen 6 pliegues en la vuelta, poniéndose cada cruz sobre el punto y cada pliegue se adorna con un boton. Se fijan las borlas (véase el dibujo), y se cose el capuchon en el escote, del talma, en el cual se han hecho las nesgas de los hombros. El talma se orla con un vivo de trencilla, y para cerrarlo se ponen corchetes.

Corpiño para señora de edad.

Figs. 40 á 42 (verso) del patron.

Este corpiño se hace igual á una enagua cualquiera.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 40, el de la izquierda con la presilla, y el de la derecha sin ella. Se cortan las dos mitades de la espalda por la fig. 41, dos pedazos para cada manga por la fig. 42. Se cosen las nesgas del pecho, se hacen los ojales, se fijan los botones, se orla el escote con una tira cortada al sesgo; se ponen las presillas de la guarnición: hay 3 en cada extremo de la manga. Se cose la manga en la sisa, 40 sobre 40.

Para un traje mas elegante, se guarnece el borde inferior del corpiño con un encage mas ó menos alto, pero que no esceda de 10 centims. Se puede hacer este corpiño de cualquier tela de invierno ó verano.

Cinturon con presillas.

Figuras 47 y 48 (verso) del patron.

Este cinturon, hecho de tafetan negro, ó de tafetan adecuado al color de los adornos ó de la lista principal de un traje, tiene cinco presillas que forman otras tantas faldetas.

Se corta en tafetan, —gasa rígida y marcelina (forro) el cinturon entero por la fig. 47, que representa su mitad; y cinco pedazos para las presillas, por la fig. 48. El cinturon se orla con un vivo; los contornos de la tela y del forro de las presillas se redoblan unas contra otras. Se hacen los ojales, y se ponen los botones indicados para el cinturon; se le cose el fleco de cascabelillos, y se fijan estas presillas al rededor del cinturon; siguiendo las indicaciones del patron.



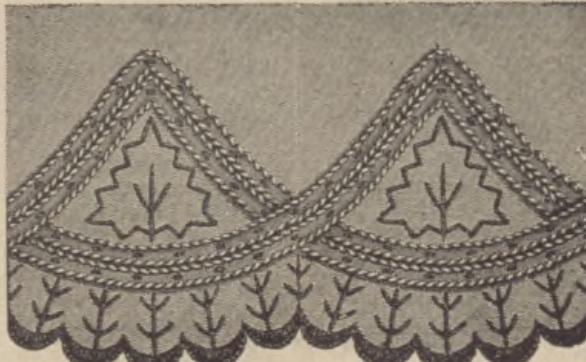
CINTURON DE PRESILLAS.



CINTURON CON LAZO.



LAZO DE CINTURON.



BORDADO DEL TALMA, EN TAMAÑO NATURAL.

Cinturon con lazo.

Figura 43 (verso) del patron.

Se hace de tafetan negro; ó bien del color de la guarnición del traje; el lazo es igual al cinturon y con vivos de la misma tela. Se corta el cinturon entero (por la fig. 43, que representa su mitad) en lienzo; gasa rígida, y finalmente en tafetan; sobre él se fijan tiras de tafetan cortadas al sesgo, y dispuestas en tres pliegues; debajo del cinturon se cose un forro de marcelina; el lazo se prepara con arreglo al dibujo especial que se publica, y que lo representa en los dos tercios de su tamaño.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONCLUSION.)

Al percibir á su hermanita, Gaston lanzó un grito de alegría, y así que la niña se inclinó hácia él para abrazarle, la cogió y la retuvo largo tiempo estrechándola contra su corazón. Enriqueta, encantada de tantas demostraciones cariñosas, no observó al principio el cambio que había experimentado su hermano, pero en cuanto lo notó; —Qué es lo que te ha sucedido mi querido Gaston? dijo, ¿has tenido tú tambien el crup?

—El crup! exclamó Gaston con espanto, ¿has tenido el crup, Enriqueta?

—Si, contestó la niña, y sin mi pequeña mamá, estaría ahora muerta. Así lo ha dicho el doctor.

—Ella! pronunció Gaston muy conmovido.

—Figúrate que me ha dado una cosa que se llama el emético. Y parece que eso era difícil de hacer porque todo el mundo ha quedado sorprendido. Nuestra mamá dijo que ella no lo hubiera intentado nunca. Yo no recuerdo siquiera qué fué lo que hizo; me dolía tanto la garganta! Pero cuando el doctor llegó, dijo: ¡la habeis salvado!

—Pobre ángel! exclamó Gaston abrazándola de nuevo.

—Mira, continuó Enriqueta, no siento nada, al contrario, me alegro de haber estado enferma. ¡Si vieras que minada estoy! Duermo por de pronto en la habitación de mi pequeña mamá, y se está tan bien allí!

El joven hizo un movimiento.

—Qué tienes...? ¿padeces, querido Gaston? preguntó la inocente niña.

—Oh! no, no! Háblame más, querida mía, tus palabras me hacen mucho bien.

—Todas las noches, añadió Enriqueta, viene á besarme en los ojos para hacerme dormir, y me llama muchas veces su niña querida.

—Y no te llama nunca... su hermana?

—Oh! no, todo lo contrario; me ha regañado un día porque la llamaba así.

—Y sabes por qué?

—No, dijo Enriqueta vacilando.

—Si tal, tú lo sabes, querida mía! Oh! dímelo, dímelo, te lo suplico!

—No sé cómo explicarlo; pero me parece que no le gustaria nada ser tu hermana; y eso que te quiere tant!

—Te lo ha dicho ella, Enriqueta?

—Ah! no: lo conozco yo muy bien sin que me lo diga. Ha llorado muchísimo cuando estuviste enfermo por causa de ese picaro sustituto. Si pudieras verla aquella mañana, corriendo al encuentro del señor Maestro, para saber mas pronto noticias tuyas. Y hoy mismo, cuando papá le dijo: "os debo ya la vida de mi hija, venid á salvar tambien la de mi hijo," ella contestó al punto. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Seguirnos, dijo papá, y en seguida subimos los tres en el carruaje.

—Cómo! Blanca está aquí! Dios mio! exclamó Gaston suspirando y sintiéndose desfallecer.

Quando recobró sus fuerzas, un brazo flexible y delicado le sostenia la cabeza, una dulce y cariñosa mano le enjugaba la frente. Levantó los ojos y vió á Blanca que le contemplaba con amorosa ternura.

—Dónde estoy? dijo con voz débil.

—En los brazos de tu esposa! exclamó su madre apretándole la mano y uniéndola á la de Blanca.

Quince dias despues se celebraba el casamiento de Gaston de Courtel con la señorita Blanca Derby.

El señor Maestro daba el brazo á la novia, que estaba radiante de dicha y de belleza. Estela servia, por decirlo así, de madre á su amiga, y el teniente de testigo á Gaston. A la noche, un brillante baile reunió á todas las personas principales de la ciudad.

En un momento en que el calor era extremado en el salon, Estela que acababa de valsar con el teniente, entró en un pequeño gabinete fresco y confortable, colgado de muselina blanca sobre fondo color de rosa, y el cual formaba parte de las habitaciones, de los dos jóvenes esposos.

—Qué dichosos van á ser! dijo con un suspiro su compañero de vals, que la habia seguido.

—He ahí un suspiro que me sorprende bastante, exclamó riéndose la linda vinda; se creeria en verdad que os inspira envidia la dicha de vuestro amigo!

—No es su dicha lo que envidio, señora, sino una felicidad semejante á la suya.

—Entonces os compadezco y tenéis mucha razon en suspirar; porque no existe en el mundo mas que una Blanca.

—Oh! sino se tratase mas que de saber donde podria yo encontrar la dicha para obtenerla, poca pena me daría.

—De veras? Pues eso ya es algo, es mucho, caballero.

—Teneis razon, Estela, pero soy un ambicioso y he co-

locado mis pretensiones tan altas, que desespere de verlas realizadas, á no ser que...

—Amariais acaso á alguna princesa de la familia Real? preguntó la coqueta jugando con su ramo.

—Cien veces mas que eso, señora! Amo á una mujer joven, bella, amable y adorablemente buena. Pero; ay de mí! es rica y yo no tengo otra cosa que ofrecerle mas que un nombre sin mancha y un amor sin límites.

—Y creéis que todo eso no vale nada? Vale mucho, muchísimo, caballero. Sois muy modesto, lo cual tambien es algo, hoy que tanto abunda la fatuidad; y si yo estuviera en el lugar de vuestra... *dicha*, no tendria recelo de dar algunos pasos hacia vos, aunque no fuese mas que para recompensar una cualidad tan rara.

—Hablais formalmente, señora? Pronunciad una palabra mas y me hareis creer que no sueño!

Estela era demasiado leal y demasiado amante para desempeñar por mas tiempo el papel de coqueta, así, cambiando repentinamente de tono:

—Señor Teniente, dijo al joven tendiéndole la mano, el amor sin límites siempre obtiene su premio.

—Ah! me abris el cielo! exclamó el enamorado teniente cayendo de rodillas.

—Blanca, ven á ver lo que pasa aquí, se oyó gritar á Gaston, que hacia ya largo tiempo que andaba buscando pretexto para atraer á su esposa al gabinete en que se hallaban Estela y el teniente.

La hermosa joven entró sin desconfianza, y al ver al amigo de su esposo á los pies de Estela, que le abandonaba sus manos:

—Oh! Qué buena eleccion has tenido, querida Estela! dijo á ésta; bien merece ser dichoso, ¡quiere tanto á mi Gaston!

Y las dos jóvenes se abrazaron.

Epilogo.

Diez años han transcurrido desde el casamiento de Blanca, al cual siguió muy pronto el de Estela con el teniente. Este apreciable joven ha hecho una brillante carrera. Manda hoy la gendarmeria del departamento.

Enriqueta, aquella traviesa niña que recordarán nuestros lectores se ha casado tambien hace un año y se halla muy próxima á ser madre. Reside en París, donde su marido ocupa una buena posicion, y sus padres han ido á vivir cerca de ella.

Gaston ha sucedido á su padre en el cargo de Recaudador de contribuciones.

El señor Maestro, en fin, tiene definitivamente derecho á este nombre, porque se ha casado, un año despues del matrimonio de Blanca, con la señorita Miss, á la cual aquella ha cedido, sin condiciones, su acreditado establecimiento.

Un hermoso dia del mes de mayo de 1855, el doctor, á quien hemos visto figurar con frecuencia en nuestra historia, se hizo anunciar en casa de la señora Blanca Derby de Courtel. Llegaba de París, porque él tambien habia dejado de vivir en provincia hacia algunos años. Pero, llamado para una consulta en una quinta de las cercanias, se dirijiera á la ciudad con el objeto de visitar á sus antiguos amigos.

—Qué amable sois, doctor en acordaros de nosotros! dijo Blanca tendiéndole ambas manos. ¿Qué noticias nos traeis de nuestra querida Enriqueta?

—Señora, no sé cómo responderos á esa pregunta, contestó el doctor en tono de chanza. Figuraos que con la intencion de despedirme de ella y de traeros noticias suyas, fui á verla antes de ponerme en viaje. La encontré fresca, rosada, encantadora como de costumbre, aunque un poco abultada, añadió el médico con malicia. Me apresuro á venir á saludaros para comunicar tan interesantes nuevas, pero, ¿qué es lo primero que veo al llegar á vuestra casa? A la misma Enriqueta. No á la que dejé antes de ayer en París, sino á la que he conocido á la edad de nueve años. Lleno de admiracion, estupefacto, le pregunto su nombre. —Enriqueta de Courtel— me responde haciendo la graciosa reverencia de otras veces. Trato de buscar en seguida á la esposa de Gaston de Courtel para explicarme semejante prodigio, y me encuentro al fin en frente de la señorita Blanca Derby, que he conocido hace diez años, y la cual parece que no tiene un dia mas que entonces. Ahora, señora, concluyó el doctor, presentando su mano á Blanca, dignaos morder la punta de mi dedo para que logre saber si duermo ó si realmente estoy despierto, porque lo que está pasando me hace el efecto de una historia de las *Mil y una noches*.

Blanca acogió este madrigal improvisado con una alegre y franca carcajada.

—Que mi Enriqueta se parece á su tia y madrina hasta el extremo de que lleguen á confundirse, dijo, es un hecho probado; pero que una mujer que ha pasado de los treinta años, sea absolutamente lo mismo que á los veinte y dos, he ahí, doctor, lo que es muy difícil consigais hacer creer á nadie, ni aun á mí misma que tanto interés debo tener en creerlo. Esa paradoja, querido amigo, huele á París de una legua.

—Ese pobre París! Porqué le juzgais así tan mal, señora? Me parece que no habeis pensado siempre así acerca de él, sino que, por lo contrario, era vuestro sueño dorado.

—Qué quereis, Doctor! Cada uno tiene su patria en aquel sitio en donde se halla bien, y los diez años de felicidad que acaban de transcurrir me han reconciliado completamente con la vida de provincia. Ya tenéis explicada ahora esa metamorfosis. ¿Creéis que haya salido perdiendo al cambiar á París por la dicha?

—¿Es decir que no volveréis á París?

—Probablemente, no.

—Ni siquiera un cortó viaje de placer?

—¿Qué necesidad tiene de placer el que posee la ven-

tura? Ya sabeis que esta es un huésped celoso y susceptible; ¿quién me asegura que la encontraré otra vez á la vuelta?

—Siempre la misma! exclamó el doctor besándole la mano.

En este momento entró Gaston.

—A propósito, continuó el doctor dirigiéndose á Blanca, despues de haber abrazado á su marido, delante tenemos á un guapo mozo que no se ha contentado con permanecer él mismo, pues que seguramente le encuentro muy mejorado.

—En cuanto á eso, os lo concedo, querido doctor, dijo la joven. Gaston era poco mas que adolescente cuando se casó conmigo; tenia el derecho de crecer y hasta de embellecerse, y ha usado de ambos derechos á pesar de los cuidados del matrimonio.

—En materia de cuidados, respondió Gaston, no me doy por aludido; yo no he recogido mas que rosas; porque la mujer ha cumplido sobradamente todas las promesas de la niña, añadió abrazando á su esposa que se ruborizó ligeramente.

—Considerad, amigo mio, exclamó Blanca, dirigiéndose al médico, qué hermosa figura harian en París dos tortolitas como nosotros!

—Teneis razon, señora, contestó el doctor, permaneced donde estais y como sois. Es preciso no jugar jamás con la suerte.

Un criado anunció al señor Dupont, ó mas bien, al señor Maestro. Aquel dia era uno de los que el digno profesor destinaba á comer en casa de Blanca, y hacia diez años que no habia faltado una sola vez á la cita convenida.

Muy pronto se entabló entre aquellos cuatro amigos antiguos una encantadora y alegre conversacion, en la cual hizo el gasto el tiempo pasado. ¿Os acordais?... Os acordais? Tales eran las palabras que incesantemente se cambiaban en las cuatro esquinas de la mesa, mientras que la pequeña Enriqueta, colocada junto á su madre, escuchaba con el mas vivo interés todo lo que decian los convidados.

—Ah! Aquellos eran los buenos tiempos! decía suspirando el señor Maestro, siempre que se evocaba alguna recuerdo.

—Doctor, dijo Blanca, de improviso, señalando al viejo, habeis creído hasta aquí, como todo el mundo, que el señor Dupont era un hombre perfecto. Pues bien, viviais muy engañado. Sabedlo todo: el señor Dupont, el señor maestro, tiene un defecto!

—Como! exclamó el doctor.

—Sí, y os lo denuncio hoy, continuó Blanca. Tiene un defecto capital. ¡Nada mas que eso!

Y como el acusado la miraba con aire sorprendido y pesados al mismo tiempo.

—Sí, mi viejo amigo, añadió la esposa de Gaston, sonriéndose, descubro vuestra grave falta y os la señalo para que hagais penitencia.

—No sé á donde quereis ir á parar, señora; pero cualquiera que sea esa falta, estoy dispuesto, si os ofende al mas sincero arrepentimiento, dijo el pobre viejo con tono humilde.

—De veras?

—Hablad, señora.

—Oidlo, pues. Sois un ingrato.

—Ingrato? Yo! exclamó el buen hombre juntando las manos y asomándosele las lágrimas.

—Ingrato con la Providencia, se apresuró á decir Blanca al ver tan compungido al señor Maestro.

Y despues de una ligera pausa, prosiguió:

—¿Porqué razon echais de menos á todos los instantes el pasado, á costa del presente? Me parece, sin embargo, que para vos, lo mismo que para mí, el tiempo presente vale algo mas que el que dejamos atrás. Yo, me veo rodeada de cuanta ventura pudiera desear en este mundo; vos, teneis una excelente esposa que os mimas como á un niño. Veamos si hablo con acierto y si sois capaz de pensar de otra manera. ¿No es verdad, mi antiguo y buen amigo, cuanto llevo dicho?

—Es verdad; contestó el señor Maestro suspirando.

—Sois propietario de un establecimiento, en el cual no ocupabais antes mas que una posición secundaria; antes, quiero decir ese tiempo que tanto os complacéis en elogiar, y de que estábamos hablando ahora. ¿No es verdad tambien esto?

—Tambien es verdad, señora, volvió á contestar el viejo. Y un nuevo suspiro acompañó otra vez la respuesta.

—Y entonces, ¿qué cosa podeis echar de menos? Qué cosa poseiais antes que no poseis ahora? Ninguna, que yo recuerde á lo menos. No habeis perdido un solo amigo, ni habeis ganado un solo reumatismo. ¿Qué es, pues, lo que echais de menos? vuelvo á repetiros.

—Ah! Entonces... entonces os veia todos los días, dijo sencillamente el pobre viejo.

Blanca enternecida posó sin decir nada su mano torneada sobre la mano seca y descarnada que su antiguo adorador apoyaba en el mantel. Luego, volviéndose hacia el doctor:

—Qué responderé á esto? exclamó; me ha desarmado completamente.

—Ya veis como os habeis engañado, contestó el médico riendo. El señor Dupont es un hombre perfecto.

—He ahí, dijo Gaston, *como se viene á parar á la calumnia, creyendo haber tomado solamente el camino de la maledicencia!*

FIN.

REMIGIO CAULA.

EL RIO CANIMAR. (*)

A mi distinguido amigo y paisano el Señor Don Eduardo Cassá, Fiscal de Hacienda en Cádiz.

Entre soberbios montes, que aun ostentan
La rudeza salvaje primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso,
Tributario del mar, corre el Canimar.
Ancho en su boca, que una barra obstruye,
Discurren sus corrientes fujitias....
Cuando en el mar de la existencia entramos
Ráudas así las horas se deslizan.
Ni una flor engalana sus contornos,
Ni un arenal alegra sus orillas;
Aridas rocas en caudal contiene,
Silvestre el junco á su alrededor se cria:
De espesos matorrales sus laderas
Cubiertas siempre están; allí guarida
Tiene el caiman de traicionere instinto,
Que al solitario cazador atisba....
Tal vez el tiempo para abrirle cauce
Las tempestades conjuró: encendida
En la luz del relámpago instantáneo
De Dios resplandeció la faz divina;
El trueno retumbó: del noto fiero
Al continuo batir, la tierra altísima
Al valle vino; y presuroso el rio
Cauce se abrió con majestad terrífica.
Contempladle!—Es el mismo en cuyas grutas
El retronante caracol se oia:
El mismo, sí, que en tiempo de ignorancia
De chozas coronó la raza india.
Jeneracion de víctimas!... Vestigio
Vuestro no queda ya: fueron los dias
De ventura, y de paz y de inocencia,
En que sus ondas la *piragua* hendia.
¡Oh vosotros, sencillos trovadores,
Que atesoráis un corazón de artista,
Y en la tierra por único tesoro
Solo teneis una armoniosa lira;
Y vosotros, pintores, que andais siempre
En busca de sublimes perspectivas,
Donde la sombra con la luz en pugna
Imaginarios panoramas finja,
En que halla nubes de matices varios,
Mares lejanos de azulosa tinta,
Y bosques y remansos y cavernas
Y crestas que á los cielos desafian;
Volad allá!—y en vuestras arpas de oro
Cantad del Hacedor las maravillas;
Trasladad tan poéticos paisajes.
Al terso lienzo que el pincel anima.
Mirad al cazador, que su esperanza
A su arma mortífera confia:
Contemplad el batel, que al doble impulso
Del tardo remo y de la vela lista,
Surcando vá con rapidez extrema,
Cual la flecha del arco despedida,
Las que halagüeñas sus costados lamen,
Azules ondas, transparentes linfas,
Donde sus alas humedece el céfiro,
Donde sus plumas la paloma riza,
Y, al nacer y al morir, la luna pálida
Y las estrellas májicas se miran.
Semejando moriscos aduñeres
A flor de agua mirad chozas pajizas,
De cuyo techo en espirales sube
Humo que el viento jugueteo disipa.
Y allá léjos, muy léjos, sobre montes
Tapizados de zarzas y de ortigas,
El triunfante penacho de la palma
Mecerse con serena gallardía.
Misterio y soledad!... por donde quiera
Del ancho cauce en la extension domina:
Gime la brisa entre el follaje espeso,
La astuta sierpe en las cavernas silba
Y mientras, entre montes que aun pregonan
La rudeza salvaje primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso
Sosegado hacia el mar corre el Canimar.

A. MESTRE Y TOLON.

PRIMERAS FLORES.

Á LA PRECIOSA NIÑA CÁRMEN L.

Cual brotan en el prado
las gayas flores,
en nuestro pecho brotan
las ilusiones;
siendo, ámbas, niña,
nuestro dulce consuelo,
nuestra alegría.

Hoy que á brotar empiezan
en tu albo pecho,
las dulces ilusiones
de un amor tierno;
tén gran cuidado,
que es fácil las marchiten
los desengaños.

(*) Magestuoso y pintoresco rio, próximo á la ciudad de Matanzas, (Isla de Cuba) en cuya bahía desemboca.

Feliz tú si conservas
dentro del alma,
la semilla bendita
de la esperanza.
Mas si la pierdes
verás tus ilusiones
* que pronto mueren.

Las ilusiones, niña,
son para el pecho,
lo que para las flores
el manso viento;
sin sus caricias,
tus amores en germen
se agostarian.

Ilusion y esperanza
tu pecho encierra,
guárdalas, niña hermosa,
con ansia tierna.
¡Feliz mil veces,
si esas flores perfuman
tu pecho siempre!

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

La pieza donde se hallaban era un lindo saloncito decorado con bellos muebles y alegres cuadros. Todo respiraba la juventud, el júbilo y las dulzuras del amor que embargaba á la dichosa familia.

Mil pequeñas fruslerías que no tienen nombre, brillaban sobre la chimenea y sobre los veladores maqueados. Las cortinas, las sillas y las lámparas, ostentaban frescos bordados de lana y seda mezclados de cuentas, obra todo de una diestra mano de mujer. La cuna tenía la forma de un barco y sobre las cortinas de encage que la guarnecían, la tierna madre había bordado ángeles alados, como para rodear á su pequeño hijo de genios tutelares.

La mesa estaba puesta hacia largo tiempo y la tarde comenzaba á caer. Herminia escuchaba con atención los ruidos de la calle, esperando á su esposo con impaciencia; al fin, inquieta por su tardanza, se fué cambiando su alegría habitual en un temor indefinible y vago.

Las luces estaban encendidas y las ventanas cerradas. Herminia corría desde la puerta á la cuna y desde la cuna á la puerta, poseída de una secreta ansiedad; iba á manifestar por tercera vez su inquietud á la criada cuando oyó una llave en la cerradura y exclamó levantando los brazos:

—Ya está aquí. ¡Ernesto!... Ernesto!...

En cuanto apareció en el dintel, se arrojó á su cuello con los ojos llenos de lágrimas, como si no le hubiera visto en mucho tiempo. Él la estrechó contra su pecho murmurando con ternura su dulce nombre; luego se dirigió hácia la cuna para besar á su hijo.

Herminia asiendo sus dos manos le dijo con tono triunfante:

—Ernesto!... Ernesto!... ya anda solo nuestro ángel, ¿lo querás creer? Pues nada hay mas cierto; ya dá cuatro pasos sin caerse, y se tiene derecho como un hombre-cillo. ¡Estoy tan contenta!... ahora crecerá pronto y todos los días le llevaremos á pasear al parque. ¡Ah! yo iré tan orgullosa como una reina.

Mr. Decock miró á su feliz mujer con profunda emoción aunque nada tenía de extraordinario lo que le decía, se reflejó en su rostro una expresión de dicha inexplicable y latió su corazón con dulce júbilo.

—Anda solo? dijo; por eso comprendo tu alegría, Herminia. ¡Ah! es una buena noticia la que me das; enséñale pronto, que tendré un placer en pasear llevándole de la mano y su madre al otro lado; no sé cuál de los dos irá mas satisfecho; pero vamos á la mesa, querida mía, pues tengo que trabajar.

—Trabajar, Ernesto!... todavía trabajar? le dijo ella en tono de reproche.

—Un rato, una media hora. Siéntate aquí á mi lado y cuéntame desde que nos separamos, lo que ha hecho Ernesto y cómo ha tenido el capricho de correr solo. Debes decirme todo y darme parte de tu emoción y de tu gozo.

La criada despues de haber servido la comida volvió á sentarse cerca de la cuna y Herminia contó á su marido con los menores detalles, cómo había pasado el día ocupada en enseñar á andar al niño, las alternativas que tuvo de temor y de esperanza al verle vacilar y caer cien veces y el gozo que tuvo al ver resuelto el problema. Repitió sus gritos de triunfo entremezclando en su relato con exclamaciones sobre la inocencia infantil, concluyendo por palmoear como si en aquel momento hubiera estado presenciando todavía el delicioso espectáculo, que llenaba su corazón de una felicidad inexplicable.

Una alegre sonrisa brilló en el rostro de Mr. Decock, resonando en su oído la dulce voz de Herminia como un himno de ternura maternal; tan encantado estaba que se hubiera olvidado de comer á no invitarle su mujer repetidas veces; y, estaba sin embargo, mas taciturno que de costumbre, y cuando terminó el relato se distrajo con frecuencia de la conversación.

Herminia notando que le preocupaba alguna gran cosa le interrogó con la mirada, y haciendo un signo para mostrar á la criada que estaba cerca de la cuna, su mujer le comprendió y dijo:

—Sofía, id á la cocina; yo cuidaré del niño y os llamaré cuando hagais falta.

La criada obedeció y entonces dijo Herminia á su marido:

—Tú tienes algo, Ernesto; al principio creí que estarias cansado, ahora creo adivinar en tí un pesar que me ocultas, ¿no podré yo saberle?

—Sí, en efecto, tengo un pesar; si pesar puede tener un hombre á quien Dios ha dado dos ángeles para su consuelo. Pero todo es relativo en la vida; en el cielo mas bello se ven á menudo sombrías nubes.

—Me das miedo, Ernesto, ¿te ha sucedido alguna cosa desagradable?

—Desagradables para mí, sí; pero no te inquietes porque el mal no es irreparable. Tú sabes que yo tenía hechos los planos para la sociedad que debía constituirse bajo la razón social de Williams y Ledoc para la pulverización del arroz y la fabricación del almidón. Yo estaba encargado de esta gran obra y hubiera ganado algunos miles de francos como inventor y director. Ya en mi mente había tenido aplicación este dinero, y confieso que dispuse de adelantado de alguna pequeña parte... Pero ved aquí que han surgido dificultades entre los principales capitalistas de la sociedad proyectada y ya no se forma. Todo mi trabajo y mi esperanza de un buen resultado están decididamente perdidos.

Herminia pasó su brazo al rededor del cuello de su marido y dirigiéndole una tierna mirada dijo:

—Ernesto mio!... no te atormentes por tan poco; ¿si tuviésemos cien veces mas dinero del que has perdido hoy, seríamos mas dichosos?

—No, mi buena Herminia; pero es muy triste para mí ver siempre alejarse el objeto de mi afán cuando creo ya tocarle.

—Vamos, no pienses mas en eso. Has ganado mucho este año y nada nos falta.

—Es verdad.

—Y tu proyecto para un nuevo ferro-carril ¿vá bien?

—Ah! no tan bien como quisiera; suspiró él sacudiendo la cabeza. El ministerio se muestra favorable; pero hay una secreta oposición en las oficinas, y siempre estamos de Herodes á Pilatos; promesas, muchas promesas y no se adelanta nada. ¡Si también esto fracasase!...

Herminia abrazó á su marido como si hubiera querido borrar el pesar que sentía con sus caricias y exclamó con alegre confianza:

—Tu proyecto será aceptado; créeme Ernesto.

—Ojalá, querida mía.

—Bien y supong que se rehusase, ¿qué influencia tendría esta decepción material sobre nuestra dicha? Aun cuando la pobreza nos agobiase, mientras yo sintiera latir tu noble corazón contra el mío, daría gracias á Dios por esta dicha suprema, siendo con tu amor la mujer mas dichosa del mundo!...

—Gracias!... gracias!... mi buena Herminia; sé que hago mal en pesadumbrarme, pero no lo extrañes; no es el egoísmo el que me hace sentir las contrariedades. Yo prometí solemnemente en el altar el día que el sacerdote bendijo nuestra unión, obligar á tus padres á felicitar por tu casamiento; quise ganar dinero para hacerte rica preservándote de todas las humillaciones posibles; este ha sido el deseo de mi corazón y es la estrella que alumbró mi porvenir. Lo creí cosa mas fácil, y ya han corrido dos años sin adelantar apenas un paso.

Un suspiro se escapó de su pecho, notándose una profunda tristeza en lo empañado de su voz.

—Luego lo que tú deseas son riquezas? dijo Herminia con una maligna sonrisa: pues bien, yo voy á dártelas; poseo un tesoro de muchos millones; ven, te le enseñaré.

Y tomando la mano de su marido le obligó á levantarse y le llevó junto á la cuna.

—Hélo aquí; exclamó mostrándole á su hijo dormido. ¿Le cederías tú si te ofrecieran todas las riquezas del mundo?

—Oh! no, no; respondió Mr. Decock conmovido.

—¿Y podrás estar triste al lado de nuestro ángel? Tendrás penas cuando el Señor nos concede la dicha de que muy pronto le acompañe un nuevo hermano? Ah! Ernesto, ten mas confianza en el porvenir; alégrate. ¡Es tan bella la vida!...

Había tocado la cuerda mas sensible de su alma, haciendo vibrar la esperanza y el orgullo paternal. La estrechó tiernamente en sus brazos murmurando palabras de reconocimiento y de amor; confesó que había hecho mal en abrigar temores, y aseguró que estaba desvanecida toda la inquietud de su corazón. Pronto leyó su victoria sobre el rostro de su marido: viendo brillar el júbilo en sus ojos y la sonrisa en sus labios. Las arrugas que marcaron su anterior preocupación habían desaparecido de su frente.

Entonces sentados junto á la cuna del niño, y contemplándole con amor, entablaron una conversación tan dulce, tan tierna, tan inocente, que se los hubiera tomado por dos niños; disputaban sobre cual de ellos se parecía mas al niño.

Herminia aseguraba que el padre y el hijo, con la diferencia de la edad, se parecían como dos gotas de agua; tenía el niño su frente despejada, los labios y la sonrisa llenos de expresiva bondad. Mr. Decock sostenía lo contrario, diciendo que el pequeño Ernesto tenía los ojos azules y los cabellos rubios como su madre; pero ella no se convencía; porque la imagen de su marido, que llenaba su alma entera, le parecía la mas bella y la mejor.

Cuando cesó la tierna querrela, aun se entretuvieron un rato formando castillos en el aire sobre el porvenir de su hijo, manifestando Mr. Decock sus deseos de enseñarle su industria. Esto le recordó que el banquero y los capitalistas que querían rehusar su proyecto de camino de hierro, debían reunirse por la mañana temprano y te-

nia que llevarles á primera hora los nuevos cálculos que iba á hacer en la hipótesis de que el gobierno y las cámaras consentirían en cambiar el trazado anterior.

Herminia llamó á la criada y la dijo:

—Sofía; quitad la mesa y podeis acostaros en seguida; Mr. Decock me ayudará á subir la cuna.

Y, en efecto; tomándola cada uno de un extremo, subieron muy alegres su preciosa carga, recreándose en aquella tercer alma, con la cual sus almas estaban fundidas en una sola.

La cuna fué colocada en la alcoba de Herminia, y Ernesto salió solo con una lámpara en la mano, cerró la puerta y se aproximó á una gran mesa cubierta de papeles, de planos y dibujos. Se sentó, abrió un libro grueso y se puso á copiar largas columnas de cifras. Su trabajo debía ser muy complicado, pues permaneció mas de media hora absorto en una profunda meditación. La obra avanzaba, y tenía ya algunas páginas llenas y puestas á un lado, habiéndole vencido sin duda las grandes dificultades.

De vez en cuando volvía la cabeza hácia la puerta detrás de la cual reposaban su dicha y su fortuna; entonces una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios, como si las imágenes queridas apareciesen delante de sus ojos.

El trabajo estaba terminado; Mr. Decock arrolla todas las páginas juntas como para llevarlas por la mañana y las puso á un lado.

Se levantó y acercándose en silencio hácia la alcoba escuchó si se sentía dentro algun ruido y volvió á sentarse delante de la mesa como si se preparase á empezar un trabajo secreto.

Sacó una cartera de carton de debajo de una gran pila de libros, la abrió y se quedó con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos sobre un pliego grande de papel. Lo que miró parecía encantarle porque su rostro estaba radiante y permaneció largo tiempo extasiado en la contemplación de aquella cosa tan bella.

Era un dibujo admirablemente trazado. En medio de la composición estaba sentada una joven elegante, con rasgos como una Virgen de Rafael, con una expresión tan celestial que era capaz de conmovier el alma mas endurecida.

Sobre cada una de las rodillas tenía una criatura; en la derecha un niño sonrosado y fresco, de un año poco mas, en la izquierda una niña de pocos meses, cuyas facciones en miniatura eran un retrato del rostro de su madre; pero de líneas tan puras, tan dulces y tan tiernas, que el autor de este dibujo debía ser á la vez amante, artista, y padre, para haber creado una figura de niña tan deliciosa.

Encima de la cabeza de cada niño, un ángel guardian sostenía un lazo flotante en cuyas cintas se leía un nombre; en el del niño *Ernesto*, en el de la niña *Herminia*.

Despues de media hora pasada en la muda contemplación de estas imágenes Mr. Decock tomó de un cajón un lapicero y se puso á escribir acá y allá las sombras del dibujo para darle un poco mas de relieve y corregir alguna cosa en la mano de uno de sus hijos.

En este momento la puerta de la alcoba se abrió despacio y en silencio, apareciendo Herminia en el dintel envuelta en un peñador blanco como la nieve que le caía hasta los pies. Su rostro resplandecía de dicha y con la sonrisa que vagaba en sus labios parecía un ángel del cielo.

Se deslizó sigilosamente hasta colocarse detrás de su marido, mirando por encima de su hombro. Pero apenas hubo fijado la vista sobre el dibujo, se puso á temblar dejando escapar un grito que no fué dueño de contener.

Mr. Decock sobresaltado saltó en su silla; pero antes que pudiera decir una palabra, Herminia se había suspendido á su cuello, diciéndole con las mas ardientes caricias:

—Ernesto!... amigo mio!... tú me harás morir de dicha!... Cuán inmenso es tu amor!... ¡Tú la ves viva, tú amas ya al nuevo hijo que el cielo nos concede!... Oh! gracias!... gracias!... Y escondió la cabeza en su pecho, bañándole con lágrimas de la mas profunda emoción.

III.

Bajo los tilos, en el jardín de Mr. Romys había una mesa sobre la cual estaban colocadas un cierto número de tazas de fina porcelana. Una cafetera de plata cincelada y un jarro de leche del mismo metal brillaban entre dos vasos llenos de flores y algunos platos cargados de golosinas.

M.^{me} Romys que estaba sentada en una silla, miraba con satisfacción la suntuosa mesa y se frotaba las manos como una persona que espera disfrutar un gran placer. Se levantó, colocó de nuevo los platos y se alejó unos cuantos pasos para examinar de lejos el efecto de este nuevo arreglo. Había alguna cosa de inocente y de infantil, en el júbilo que resplandecía en sus ojos y en la vivacidad de sus gestos.

Su marido entró en el jardín, se aproximó y echando una mirada de descontento sobre la mesa, dijo:

—Qué significa esto, Julia? ¿Buscáis el medio de incomodarme? La mejor plata y la porcelana mas fina!... ¡vaya!... vaya!... no parece sino que esperais la visita de un rey.

—Yo os suplico, querido Bonifacio, que me dejéis hacer mi gusto siquiera esta vez. Herminia viene hoy por primer día á enseñarnos su hija que ha presentado en el templo por primera vez y con qué motivo mas fausto pudiera su abuela sacar la vajilla!... Este acontecimiento es para mí mas dichoso que si el rey mismo nos honrara con su visita.

—Qué niñerías!...

—La plata no se gasta por esto, Bonifacio!...

—Ea! pues no lo quiero. Se debe obrar en parecidas circunstancias segun el rango de las personas que se re-

cibe. Ernesto Decock no ha cumplido su promesa y está todavía mas pobre que el día de su casamiento.

—Pero si su proyecto de ferro-carril se acepta, él dará de repente un gran paso hácia la fortuna.

—Ferro-carril!... Ferro-carril!... dijo Romys con amargo sarcasmo. Ese proyecto es solo un pretexto para engañarnos y nunca saldrá bien.

—Pues mi hermano asegura que es cierto y que será aceptado.

—Y bien, Julia, cuando eso suceda y Mr. Decock halle un beneficio de cien mil francos ó cosa semejante, entonces sacaremos la vajilla de plata, ¿entendeis? Hoy no lo quiero. Decock podría imaginarse que le miráramos como á un personage importante; cuando aseguro bajo mi palabra que estoy pesaroso de que haya entrado en mi familia.

—Bonifacio!... Bonifacio!... exclamó M.^{me} Romys con desaliento; no seas tan injusto con ese bueno de Ernesto. El hace feliz á nuestra hija, la ama y la respeta, trabajando noche y día por hacerle agradable la vida, por darle todas las comodidades. ¡Y no merece por esto algun agradecimiento!...

—Pichs!... confieso que podría estimar á Ernesto si no fuera un hombre sin fortuna, aunque hay una cosa que no puedo perdonarle, y es que por su causa ha perdido tres ó cuatrocientos mil francos la familia, y quién sabe?... Si tan bella como es Herminia hubiera casado con un millonario!...

—Con que dejo la vajilla sobre la mesa?

—No, no; bien veis que estoy de mal humor; no me irriteis mas con vuestra insistencia.

—Bien, la guardaré; yo habia pensado no hallar dia mas feliz que este por traernos Herminia su segundo hijo...

—Día feliz!... segundo hijo!... refunfuñó Romys; teneis una manera de calmarme, Julia; ¡dos hijos en dos años!... si continúan así, serán capaces de tener una docena y Herminia á nuestra muerte y á la de sus tíos tendrá una fortuna de cuatrocientos mil francos, de modo que sus hijos heredarán solamente cuarenta mil cada uno y serán una docena de pobres diablos. ¡Oh! esto es afrentoso para la familia de Romys. Yo pienso en ello noche y dia; haber uno trabajado toda su vida por dar brillo á su nombre y morir al fin con la horrible certidumbre de concluir por no ser nada... ¡Oh! ved un buen ejemplo en Teresa, ella parece nacida para darnos honor; su fortuna no se dividirá.

—¡Ojalá le concediese Dios un hijo!...suspiró M.^{me} Romys.

—Cómo!... no es bastante que la familia de Herminia se multiplique tan prodigiosamente, que aun queréis que Teresa...

—No soy yo quien lo quiero, Bonifacio.

—Qué queréis decir?

—Teresa no es dichosa, y Mr. Pottewal tiene una triste vida.

—Dejadme en paz con ese mala cabeza de Pottewal!... murmuró Romys colérico. Es un ignorante, un holgazán, y si no tuviese en su casa una mujer como Teresa, moriría quizá sin un cuarto. Tiene dinero disponible y se le presentan negocios demasiado buenos para estos tiempos difíciles y es tan bestia que los deja escapar!... Ah! bien justa es la causa del pesar de Teresa; él no se esfuerza en aumentar su fortuna.

—Creedme, Romys, dijo su mujer, tienen alguna otra razon particular para sus desavenencias. Yo conozco el carácter duro de Teresa y sé que nunca se muestra afectuosa con él y veo que vive disgustada porque no tienen hijos. ¿No recuerdas que cuando estaba soltera pasaba los años enteros haciendo trages para los niños pobres de la vecindad? ¿No guardaba siempre alguna golosina para los niños de la escuela dominical?

—Eso era por caridad.

—No, Bonifacio; era una inclinación nacida del amor que siente por las criaturas; nosotras las mujeres notamos en seguida estas tendencias, y desde que Teresa se ha casado, el deseo natural de ser madre se ha elevado en ella con nueva fuerza. Pottewal mismo me ha manifestado el sentimiento de su mujer porque no tiene hijos, y ella tampoco lo oculta. Creo firmemente, Bonifacio, que aun podrian ser felices si Dios bendijese su union. ¡Oh! no sabéis qué lazo, qué manantial de afeccion es un hijo entre dos esposos!...

—Callaos, Julia; ved aquí á Pottewal que entra en el jardín; mirad el simple, con ese aire de tonto...

Romys fué al encuentro de su yerno, le apretó la mano con mil muestras de cordialidad y le condujo cerca de la mesa.

—Venís solo, Francisco?... pues y Teresa?

—Vendrá mas tarde; iba á tomar café en casa de M.^{me} Doover-Cortbeen.

—De veras!... murmuró la anciana señora medio triste y medio irritada. ¿Y osaría Teresa estar ausente cuando su hermana viene á enseñarnos su pequeña hija? Esto sería muy inconveniente, ¿no lo comprendéis así?

—Me atreví á hacer una observacion sobre ese punto y ojalá no la hubiera hecho!... balbuceó Pottewal.

—Porqué?

—Teresa se enfadó tanto dirigiéndome palabras tan duras que no las pude soportar; todavía estoy conmovido.

Y habia en la voz de Pottewal tanto desaliento, su rostro pálido y flaco demostraba tan visiblemente los signos de su profunda afliccion que conmovió á M.^{me} Romys, quien llena de lástima aproximó su silla á la suya y tomándole una mano murmuró algunas palabras consoladoras.

Romys se encogió de hombros, sonriendo con aire de mofa, como si tomase la pena de Pottewal por una locura ridícula.

—Si es por causa de su hermana por lo que Teresa no quiere venir, eso no os concierne, notó Romys, y no sé á qué viene entonces vuestra pesadumbre.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Pottewal.

—Vos deberíais mas bien aprobar la conducta de vuestra mujer. Teresa se respeta y tiene la dignidad que conviene á una familia como la nuestra. Ernesto es el que el inspira repugnancia, y á ella no le agrada estar en compañía de semejantes gentes, y francamente yo comprendo muy bien esta repugnancia, y siento que no participeis del propio sentimiento.

Pottewal inclinó en silencio la cabeza.

—Ah! Ah! gruñó Romys enfadado; ¿es así como habláis con vuestra mujer? Ya no me asombro de que la sangre se le suba alguna vez á la cabeza; sois capaz de poner fuera de sí á la persona mas cachazuda. Sois un estúpido.

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ANSIEDAD.

Volemos, bajel ligero, llévame presto en tus alas de blancas lonas tupidas, á otros mundos, á otras playas. Hiende con tu corva quilla la inmensidad de las aguas del ancho mar; presto, vuela, que la impaciencia me mata. Llévame, bajel ligero, á la tierra de Quintana, al mismo sitio dichoso donde su musa preclara cantó al mar con tal acento que otra musa no le iguala; y de allí partiendo airoso, y yo en tu popa sentada, corramos, ay! cual los vientos; lleguemos volando á Italia, cuna dichosa del Dante, y de Tasso y de Petrarca. Quiero ver su puro cielo, y sentar mi débil planta en esa tierra fecunda. Quiero mirar entusiasta los Alpes y el Apenino; y en el Asia el Himalaya; las pirámides de Egipto, y los templos de la Arabia, y las ruinas de Palmira, y el desierto de Zahara. Oh! volemos, sí, volemos, que la impaciencia me mata. Quiero ver el bravo moro ceñirse la rica faja bordada de blancas perlas; quiero ver en sus espaldas tenderse con noble orgullo el manto de seda y plata. Quiero aspirar el perfume que produce ardiendo el ámbar en pebetero dorado, de una morisca en la estancia. Llévame, bajel querido, llévame á Grecia en tus alas, donde alzó su voz Homero, donde Saffo desdichada se arrojó de la alta roca buscando tumba en las aguas; sí, quiero ver el Leucades. Quiero contemplar el Niágara; ah! quiero ver complacida esa tierra americana donde duerme en sueño eterno el gran padre de su patria, Washington ilustre y sabio, y donde Lincoln descansa. Quiero contemplar ansiosa, y de gloria henchida el alma el Rhin, el Danubio, el Ganjes, el Nilo, el Loira, el Guadiana. Yo quiero ver las lagunas, los bosques y las montañas, los palacios de los reyes, los harenes y la Alhambra, los hermosos mausoleos, las pinturas, las estatuas, y todas las maravillas que allá en las tierras lejanas ay! se esconden á mi vista. Oh! como tiemblo entusiasta! Detente ansiosa, alma mia, que te siento arrebatada con ilusiones tan bellas. Detente... paciencia... aguarda. Llévame, bajel ligero, que la impaciencia me mata. Mas, ah! que á partir te niegas. Si acaso viento te falta, toma; aquí tienes mi aliento, velas? te daré mis faldas; fuerzas? te ofrezco las mias. Si el temor de la borrasca te detiene, no la temas, que yo, de hinojos postrada, te encomendaré al Eterno. Faro serán mis miradas

que salvo al puerto te lleven. Yo sé dónde está la España, yo sé dónde queda Roma, yo sabré llevarte á Francia. Tal es mi ardiente delirio, que con la frente apoyada sobre la mano, y los ojos cual si el sueño me embargara, todo lo miro tan cerca, con direccion tan marcada, cual si fuera un grande génio que en el espacio vagara poniendo un ala en un polo y en el otro la otra ala. Llévame, no te detengas, que la impaciencia me mata. Volemos, bajel ligero, que tal vez la muerte helada me asesta el golpe homicida. Volemos, que siento el alma nadando en delicia suma con ilusion tan soñada. ¿Yo, contemplando otro cielo? ¿Yo, escalando las montañas? ¿Yo, patinando la nieve, ó viendo la ardiente lava que se eleva del Vesubio?... Mas, ah! torpe lengua, calla. ¿Dónde te lleva, alma mia, ambicion tan insensata? ¿Dejar el paterno nido? ¿Dejar las maternas playas, y las risueñas llanuras, y las brisas perfumadas, y el cielo y la luz primera que embellecieron mi infancia; y el sepulcro de mi hija? ¡Oh lengua atrevida, calla! Déjame, bajel; ligero parte tú á tierras extrañas, que yo en mi suelo querido, al susurro de las palmas, exhalaré la existencia; quiero morir en mi patria.

Isla de Cuba.

CATALINA RODRIGUEZ.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 93.

Blancas.

Negras.

1.ª C. 5.ª A. R.ª

P. toma C.

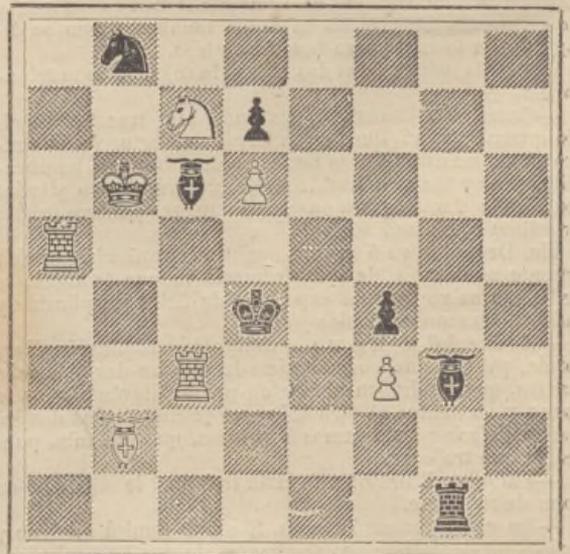
2.ª A. c.ª R.ª

P. toma T.

3.ª A. 2.ª R. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 94, COMPUESTO POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIA.

Como pudiera suceder que el patron que habria de distribuirse con el presente número no llegase á tiempo, debemos advertir á nuestros suscritores que en tal caso, se repartirá con el número inmediato. Pero con el objeto, si así sucede, de que nuestros suscritores no dejen de recibir los dos patrones del presente mes, les anticipamos uno ilustrado, que es el que debiamos repartir con el siguiente número.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bozba, n. 1.